



EL MUSEO UNIVERSAL.



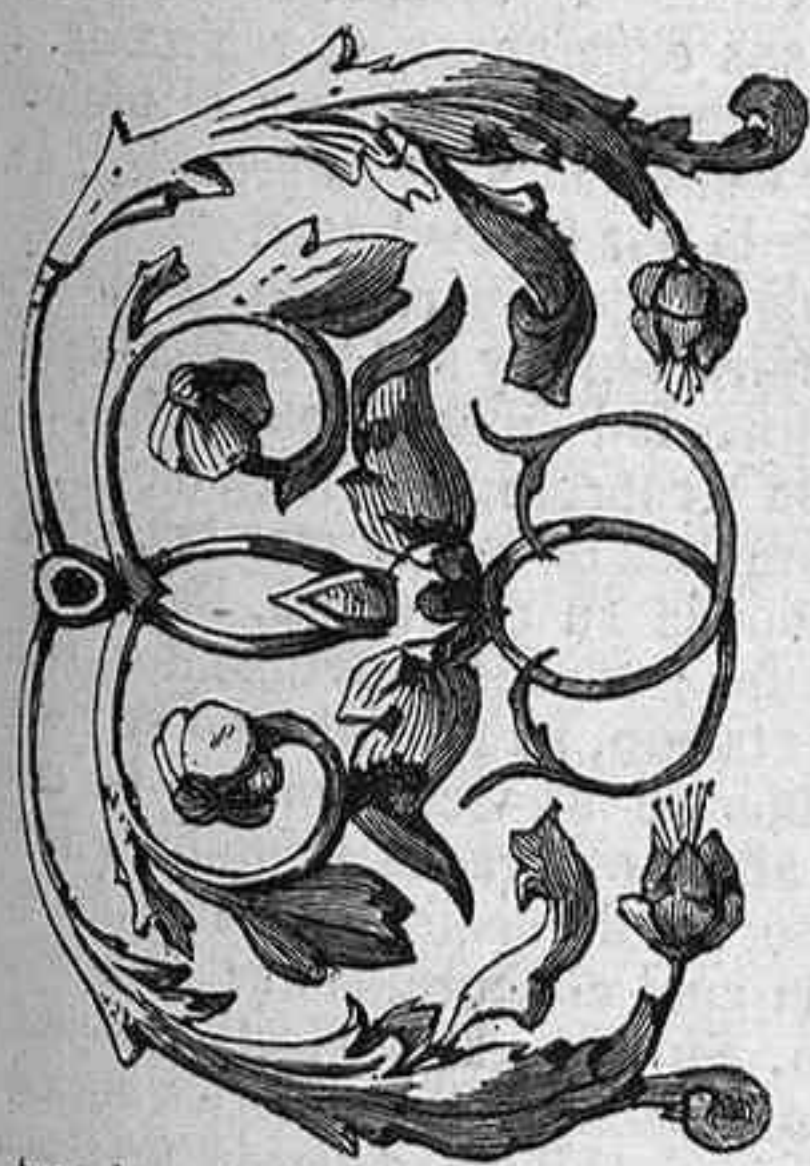
NUM. 50. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID : por números sueltos á 2 rs. ; tres meses 22 rs. ; seis meses 42 rs. ; un año 80 rs.

MADRID 13 DE DICIEMBRE DE 1868.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs. ; seis meses 50 rs. ; un año 96 rs.—CUBA , PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMÉRICA Y ASIA , 10 á 15 pesos.

AÑO XII.

REVISTA DE LA SEMANA.



s verdaderamente grave la situación presente de nuestra patria, á juzgar por el espectáculo que ofrecen ciertas comarcas de la Península, donde algunos elementos perturbadores á la sombra de una bandera todavía no claramente definida, han provocado luchas tan tristes y desastrosas como las del Puerto de Santa María y de Cádiz, de que nues-

bre el reintegro de la jurisdicción ordinaria á los negocios civiles y delitos comunes de los eclesiásticos, promesa opuesta á todo principio de derecho, carece de precedente en la historia de nuestros concordatos. Por el contrario, el decreto del señor Figuerola creando una comisión para que proponga las bases de los próximos presupuestos, ha hallado la mejor acogida: ¡lástima que no todas las personas designadas para esta junta ofrezcan por su competencia y por sus antecedentes las garantías que en muchos de ellos deben reconocerse.

La iniciativa individual se levanta grande y poderosa. Ya es la *Asociación para la reforma arancelaria*, que se reúne con objeto de escitar al señor Figuerola; ya es la *sociedad Abolicionista*, con sus juntas; ya las reuniones de obreros para tratar de las cuestiones referentes al trabajo; ya en fin, los centros de instrucción popular, entre los que debemos hacer mención de *La sociedad protectora de artesanos é industriales*, que fue inaugurada el último domingo por el señor rector de la Universidad, cuyo interés verdadero por la enseñanza le eleva siempre á ser testigo y actor de todos estos acontecimientos. Las sesiones del Ateneo continúan con igual animación, y el discurso del señor Moret, recibido con extraordinario aplauso, contribuirá á mantener el calor de los debates.

Respecto del mundo literario, casi todo el movimiento que se nota versa todavía, como es natural, sobre la política. Es inmenso el cúmulo de folletos y libros populares destinados á ilustrar la opinión sobre las consecuencias prácticas del nuevo régimen, y entre los cuales debemos notar el que bajo el título de *¿Qué quieren los republicanos?* acaba de dar á luz una distinguida escritora que en vano quiere ocultar su noble pensamiento y varonil estilo con el pseudónimo de *un demócrata*. Como excepción á este despótico predominio de la política, mencionemos el libro del señor Góngora sobre las *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, que tanto elogio ha merecido de la Academia de la historia y de muchas personas competentes.

El Teatro Español ha celebrado el triunfo de la Revolución, poniendo en escena *El alcalde de Zalamea*, del inmortal Calderón, refundida por el señor Ayala y *La convalecencia*, del señor Eguilaz, que ha obtenido en ese día un lisonjero recibimiento. También el teatro de Novedades ha estrenado en su escena un me-

lodrama del señor Zumel titulado *Los hijos perdidos*, que está muy lejos de ser una obra de primer orden, por mas que el público le haya concedido algunos aplausos. El coliseo de la Ópera, donde se ha representado medianamente *El barbero de Sevilla*, parece que va á suspender sus funciones y aun quizá á cerrar para mucho tiempo sus puertas.

El criterio espiritista, revista quincenal de los afectos á este género de estudios y manipulaciones, ha aparecido ya dos veces. Señalemos también este esfuerzo por escapar á la tiranía con que nos encadena hoy el ánimo la gravísima crisis de nuestras instituciones.

Si de España volvemos la vista al extranjero, no dejaremos de hallar noticias en sumo grado interesantes. La antigua rivalidad de Turquía y Grecia, removida con motivo de la insurrección cretense, amenaza con la representación del segundo acto de la cuestión de Oriente, drama cuyo desenlace, solo aplazado por el tratado de París de 1856, no podrá menos de consumarse á pesar de los encontrados esfuerzos de la diplomacia. Turquía parece animada de intenciones pacíficas y conciliadoras; pero no se suponen á Grecia iguales deseos, y al *ultimatum* de la Puerta Otomana es posible que no responda tan amistosamente como la paz del mundo pudiera desear.

El ministerio inglés ha sido definitivamente sustituido por otro que, contra lo que por muchos se afirmaba, preside M. Gladstone; de él forman parte hombres de grandísima significación en el liberalismo radical como M. Brigh, políticos experimentados y de fama como los lores Clarendon, Granville y Russell, administradores de suma nota como Lowe y Goschen, con otros menos conocidos en el extranjero; y aunque algunos de estos nombres no figuren en la lista definitiva (según se dice respecto de lord Russell, cuya avanzada edad parece que le impide volver á los negocios), los que quedan bastan para consolidar el triunfo de los liberales y acometer la grande empresa que de ellos pide el país. Harto expresivo es el hecho de haber sido nombrado lord canceller de Irlanda M. O'Hagan, primer católico que ocupa este cargo desde que la Iglesia anglicana domina como religión oficial en los tres reinos.

Dignos son también de mención, aunque en otra esfera, dos hechos que han tenido lugar en aquel afortunado país: la tercera donación de M. Peabody á

ros lectores tienen sin duda noticia, y cuyo término en el último punto es aun incierto á la hora en que escribimos estas líneas.

Indudablemente el Gobierno se halla en un estado difícil, debido en gran modo á su propia conducta mas que á otra causa; pues no contento con las anteriores declaraciones en favor del partido monárquico, ha publicado esta semana la convocatoria á Cortes, y á vueltas de algunas expresiones terminantes de su imparcialidad en la lucha electoral, afirma que desea el triunfo de los candidatos de aquella significación. El aplauso que merece este decreto iguala á la censura de que es digno su preámbulo.

La unidad de fueros establecida por el señor ministro de Gracia y Justicia, no desdice, en verdad, del espíritu ecléctico y metódico que hasta aquí ha caracterizado las medidas del señor Romero Ortiz: las excepciones en pro de la jurisdicción de Guerra y Marina son en su mayor parte enteramente injustificadas, y la promesa de concordar con la Santa Sede so-

los pobres, y que consiste en 100,000 libras esterlinas (unos 9.000,000 de reales); el otro hecho es la inauguración del nuevo mercado de carne en Smithfield (Londres), que se ha celebrado con un magnífico banquete presidido por el lord Mayor de la ciudad. La cantidad de carne que puede venderse en este mercado en cada semana se valúa en 2,000 toneladas (4.000,000 de libras).—¿Cuándo podrá decir Madrid de su corporación municipal lo que de la suya puede decir la capital de Inglaterra!

Y ya que de números (¡y qué números!) se trata, no está demás que nuestros lectores sepan el de los relojes que cada año se construyen en la industriosa Suiza. ¿Creerán ustedes que no bajan de unos once millones? De esperar es que á este paso, hasta las célebres vacas de aquellas fértiles comarcas acaben por llevarlos colgados al cuello en vez de cerceros.

La dama que en el suyo se ponga el collar recientemente vendido entre las alhajas de la duquesa de Morny, no temerá que la traten de mezquina. Doscientos mil duros son cosa seria. Tres brillantes que figuraban en esta almoneda, han sido vendidos en noventa y cuatro mil francos, y seis pendientes de perlas en veinte y siete mil.

A pesar de que joyas de tanto precio se ven disputadas y adjudicadas en sumas muy por cima de su tasación, no por esto es menos grave y profunda la inquietud de los ánimos en la capital de Francia. La manifestación proyectada para el aniversario de la muerte de Baudin, no ha podido celebrarse. La policía disolvió sin resistencia los grupos y prendió algunos sitiadores. El ministro del Interior termina su telegrama á los prefectos con estas palabras: «La tranquilidad reina en toda la capital.»—¡Ah! ¡qué tranquilidad, señor ministro!

F. GINER.

EL ARTE OGIVAL.

En el siglo actual que se caracteriza por adelantos incensantemente y en mayor escala que otro alguno de los pasados, se nos presentan también ideas más retrospectivas que en los otros; nada tiene esto de extraño, pues cuanto más intensa es la luz, más oscura parece la sombra.

Concretándonos al terreno del arte, encontramos la escuela llamada del *Arte ogival*, la cual pretende aclimatar entre nosotros las artes que se originaron en la edad media.

Esta escuela de la poesía en cualquier época pasada solamente por haber sido católica, y según juzgo, se diría que la humanidad, en vez de adelantar está retrocediendo. Su propósito es como hemos dicho, aplicar el gótico á toda clase de construcciones arquitectónicas, é introducir el purismo en pintura; lo cual es nada menos que hacernos retroceder al retablo, tomando por modelo la pintura bizantina (1).

Para ver si tiene ó no razón de ser el renacimiento de este arte en la actualidad, bastará que estudiemos la época que lo engendró, el arte en sí como manifestación de los sentimientos de ésta, y que comparando luego la edad media con el siglo actual, veamos si tienen las dos punto alguno de contacto, y de consiguiente si puede ser aplicable su arte á las construcciones modernas.

Estando el imperio romano viciado por su organización demasiado militar, se abandonaron los ciudadanos á la inacción, confiando los trabajos manuales á sus esclavos, obligándoles tanto, que bien pronto desaparecieron agobiados por el peso de las fatigas que les ocasionaban sus amos para satisfacer sus necesidades y sus refinados gustos. Por otra parte, corrompidos por el oro que de todas las colonias les llegaba, se dieron á los vicios más obscenos, que bien pronto haciéndoles perder su carácter viril, dió por resultado el que rehusando el matrimonio dejaban de tener hijos. De este modo Roma, después de haber sido conquistadora, se preparaba á ser conquistada.

Los bárbaros del Norte, después de reiterados ataques entraron en Roma derribando el imperio como un huracán derriba un edificio carcomido y minado por los cimientos. Horrible fue el aspecto que ofreció la mayor parte de Europa durante estas invasiones. Devastación de ciudades y villas; destrucción de monumentos; carnicerías humanas. Todo esto alumbrado por el resplandor de sucesivos incendios. Tales eran las escenas más comunes en tiempo de las primeras irrupciones. Después de esto, las ciencias, las bellas artes, el trabajo, el comercio, todo fue olvidado, todo desapareció; la brutalidad y la ignorancia más completa se extendieron rápidamente. Se entronizó el derecho del más fuerte; la razón era la espada. Los jefes bárbaros, después de haber invadido una comarca

(1) No queremos decir que los puristas intenten resucitar el retablo tal como estaba en la edad media, pues sabemos que tienden á hacerlo renacer con la perfección actual; pero esto siempre será presentarnos un mueble viejo barnizado de nuevo.

fabricaban sus guaridas en las montañas que dominaban el país conquistado y se convirtieron en señores feudales. Sus castillos parecían nidos de buitres feroces; solo salían de ellos para devastar y asesinar á capricho á sus miserables siervos, ó para trabar entre sí luchas de esterminio, en las cuales se incendiaban las cosechas y se destruían ellos mutuamente. El resultado era siempre el triunfo del más fuerte, el cual inmolaba sin compasión al vencido y á todos los que de él dependían.

A consecuencia de esto el robo se hizo legal y el asesinato lógico. La conquista llegó á ser un derecho; los nobles, constituyéndose en señores absolutos de sus súbditos, creáronse derechos abominables que atacaban la honra, la vida y los bienes del siervo, de modo que su mujer, sus hijos, sus posesiones (si algo poseía) todo, todo absolutamente, pertenecía al señor feudal.

Las llanuras quedaron desiertas, los campos incultos; se olvidaron las reglas más necesarias de higiene práctica y de limpieza, y bien pronto se vieron visitados por el hambre, la lepra y diferentes especies de pestes. En el siglo XI, en sesenta y cuatro años hubo cuarenta de hambre. El comer carne humana se había puesto en boga, de modo, que había mesonero que fue quemado por habersele probado que la servía en su posada, y había hombre que salía al camino á cazar materialmente al viajero para alimentar á su familia con aquella presa.

Siendo la religión cristiana la dominante entre estas gentes practicabanla con fanatismo, pero sin comprenderla. Muchos de estos señores nobles la adoptaron, y llenos de ignorancia, entregándose ciegamente en brazos de la fe, adquirieron el vil espíritu del esclavo, convirtiéndose á su vez en juguete de sus tiranos espirituales.

El Papa pesaba sobre el señor feudal, lo mismo que el señor feudal sobre su súbdito. Ved aquí cómo la autoridad espiritual y el feudalismo reasumen en dos palabras la edad media.

La observación y la experimentación fueron desechadas; el pensamiento se abandonó á la especulación mística y sobrenatural, dejando por completo el campo de la realidad, y aun esta clase de actividad mental sólo se hallaba en el interior del claustro, donde se refugiaron algunos hombres de algún valor moral, conocedores de la lengua latina. Luego se multiplicaron los conventos, porque los hombres experimentaron un disgusto general por la vida, y fijando su imaginación en un centro de felicidad virtual, menospreciaron el mundo que tantos males les ocasionaba, y prefirieron vivir enterrados en el interior de una celda, á buscar fuera de ella condiciones de existencia imposibles de encontrar. De ahí que, apartados del exterior, y pasando mucha parte del día en éxtasis, les sobreviniese un furor místico; los servidores de Dios mostraron un completo desprecio de su existencia, y continuamente era objeto de tormentos su propio cuerpo.

Se trató de una manera refinada de arruinar la fuerza y la salud, para dar preponderancia al espíritu, hasta el punto que había monje (según cuenta Fuherbach) que había perdido el gusto llegando á tomar aceite rancio por agua. Bandadas de penitentes recorrían la Europa azotándose cruelmente y mostrando por las comarcas por donde pasaban, sus desgarrados y macilentos cuerpos.

Los superiores de los conventos hacían sangrías semanales á sus monjes para poder dominar en ellos las pasiones que ni la devoción ni el azote podían contener, y esto era con frecuencia causa de que en el interior del claustro no reinara la paz apetecida por los que allí se encerraban; reyertas continuas entre los monjes y sus superiores tenían lugar dentro de sus muros, y muchas veces el puñal ó el veneno ponían fin á tan terribles dramas.

Los conventos se fueron enriqueciendo con los bienes que continuamente les cedían los particulares, afanosos de ganar así su salvación eterna y fueron cobrando importancia al encerrarse en su interior infinidad de personajes importantes, entre los cuales se contaban reyes.

De esto resultó que estos parajes destinados primitivamente á la reclusión, se convirtieron en castillos, cuyos priores eran los señores feudales que cobraban é imponían gabelas á las villas y aldeas de su jurisdicción, y tenían sobre ellas derechos que repugna el mencionarlos.

En esto llegó la supremacía espiritual hasta su colmo; el papa fulminando la excomunión ó dando bendiciones desde su silla, quitaba y ponía reyes, y su más leve deseo era un mandato que con ciega obediencia ejecutaban todos.

Algunos pocos hombres de talento observador vieron la salvación de la humanidad en dos puntos, *la piedra filosofal* y *el elixir de larga vida*, esto es, enriquecerse y no morir. Impulsados por estos dos móviles se dedicaron con furor á la alquimia, y si no obtuvieron lo que buscaban, al menos hallaron otros productos importantes y aprendieron un tanto á conocer las propiedades de los cuerpos. Pero ¡ay! marchaban por desgracia más adelante que su época, y todos sus contemporáneos no vieron en ellos más que

aliados del espíritu infernal, siendo por esto objeto de crueles persecuciones y terribles martirios.

La hoz del esterminio cortaba todo lo que fructificaba fuera del campo de la fe ciega. Los casos más leves eran tenidos por herejías y la sangre y el fuego se encargaban de purificarlo todo. La fe ahogaba á la razón.

Otra costumbre bárbara se formó en estos tiempos; se fió la solución de las cuestiones más importantes á lo que se llamaba *Juicios de Dios*. Si un plebeyo demandaba justicia en contra de un noble, tenía que comparecer sin armas, ó á lo más con un palo para batirse con un caballero armado, punta en blanco, y lo que sucedía era que la razón quedaba por el más fuerte. Pasando aquello de

Vinieron los sarracenos
y nos molieron á palos
que Dios ayuda á los malos
cuando son más que los buenos

(Se continuará).

POMPEYO GENER.

BERRYER.

Antonio Berryer, el héroe del foro francés, uno de los primeros oradores de los tiempos modernos y de los más respetados por sus conciudadanos de todos los partidos, ha pasado á mejor vida en Angerville, lugar querido de su corazón por sus tiernos é íntimos recuerdos. Trasladado con gran peligro el ilustre anciano desde París á su amada casa pocos días antes, exhaló en ella su último aliento el domingo 29 de noviembre.

No intentaremos bosquejar los variadísimos acontecimientos, á través de los cuales dirigió Berryer su larga y consecuente vida; nuestro objeto se reduce á poner de relieve los rasgos salientes de su genio, rindiéndole el homenaje de nuestra admiración. Y si parecieran exageradas nuestras palabras, nótese que, en una edad tan fecunda en grandes oradores, Berryer no ha sido sobrepasado por nadie y apenas igualado por dos ó tres en el mundo. Además, la lucidez de su talento político, el rigor de su lógica, la grandiosidad de su acción, la brillantez de su ingenio, y, sobre todo, aquel indescriptible torrente de elocuencia que todo lo acallaba, hacían de su oratoria, llena de calor y de vida, la espléndida muestra de su ardiente y generoso corazón. Cuando la magestad de aquella erupción volcánica incendiaba el Parlamento con sus resplandores, toda admiración parecía pequeña y, contemplándole en tales momentos, había lugar á creer en la impotencia de la crítica.

Sin duda que los grandes y rápidos sucesos de la vida pública á que Berryer se halló mezclado contribuyeron, con lo complejo de su crisis, á formar su carácter. Había heredado de su padre una fe tradicional y pura en la monarquía, que estaba destinado á ver, constante é ilusoriamente engañado por los hechos de la historia contemporánea de su país. Berryer era *legitimista* y ha seguido siéndolo mucho tiempo después de haber reconocido todo el mundo la imposibilidad de que sus esperanzas se realizaran. La nobleza de su alma gozaba en ofrecer el profundo homenaje de su consecuencia y de su probidad, á un soberano sólo cortejado por la desgracia.

El se ajustó á todas las peripecias de la moderna Francia; pero sus aspiraciones y sus simpatías se concentraban todas en un estado ideal y semidivino, cuya cabeza era la dinastía y representaba la tradición.

La pureza y la honradez de su carácter igualaban y favorecían al prestigio de su elocuencia. Berryer, es cierto, era un abogado; pero sus pensamientos, sentimientos, su argumentación, su proceder no se resentían en lo más mínimo de los vicios en que ha caído esta profesión. Su alma entera se infundía en sus discursos. Otro tanto puede decirse de su conducta parlamentaria, en la cual el moralista se sobreponía al hombre de Estado. Su natural modestia, delicada cultura y buen gusto, realizado todo por los encantos de la voz más armiosa y la más gallarda presencia, hacían á este hombre eminente tan simpático como venerable.

Berryer nació en París el 4 de enero de 1790; y Pedro Antonio, su padre, abogado también le destinaba á la iglesia. Se educaba en el Oratorio; pero bien pronto, conforme á su vocación, comenzó á estudiar el Derecho y casó con la señorita Gautier. Tenía entonces 21 años, pronto empezó á practicar en el foro donde brilló no menos que en la política, en cuyo campo, lo mismo que su padre representó la escuela liberal constitucional á la inglesa.

La defensa del infortunado mariscal Ney le dió una reputación; Cambonne, otro de los Bonapartistas, acusado de traición, fue absuelto por sus esfuerzos, y á ellos debió el general Debelle su perdón. En 1826 y á ellos debió el célebre Lamennais con gran éxito; y elegido diputado por el Alto Loire, se mostró opuesto á la revolución y favorable del joven duque de Burdeos, bajo la regencia de su madre la duquesa de Berry.

Desde entonces fue Berryer el jefe del partido legitimista que, aunque sin razón, fue acusado y preso por suponerse cómplice de la tentativa vandeana de 1832. Defendió sucesivamente á Chateaubriand d'Argenson, De Payraveau y Garnier Pagés. Obligado por sus compromisos á deshacerse de su castillo de Angerville, el partido legitimista levantó una suscripción en su favor. Luis Napoleón le eligió, en unión de M. Marie para su defensa de la intentona de Boulogne, saliendo simplemente condenado á destierro.

Y su posición en la Cámara crecía cada día, y llegó su apogeo cuando en 1843 defendió los fueros de la libertad de conciencia, contra la ley de espulsión de los Jesuitas. En 1848 la revolución eligió á Berryer diputado por las Bocas del Ródano, hablando poco durante el período republicano, aunque siempre en sentido legitimista y en contra de los intentos de Luis Napoleón, después de cuyo golpe de Estado en 2 de diciembre de 1851 cesó de tomar parte activa en la política; aunque nombrado en 1863 representante del mismo departamento que le había elegido cuando la República, habló en 1867 en favor de la intervención francesa en Roma, ha sellado dignamente su vida política adhiriéndose públicamente á la suscripción para levantar un monumento á Baudin, víctima del golpe de Estado que elevó el segundo imperio.

En 1852 fue elegido Berryer *Bátonnier* (decano, jefe) del orden de los abogados; y nombrado académico en 1854 se negó á hacer la visita de etiqueta al jefe del gobierno.

El duelo de su muerte ha sido general en Francia, y la inmensa concurrencia que se agolpaba en torno de su sepultura daba un triste adiós á uno de los más nobles representantes de la generación pasada.

H. B. y U.

¡AL PRIMO ALBORE!

NOVELA ORIGINAL.

(CONCLUSION.)

IX.

Pocos días después de esta escena, había una gran concurrencia llenando todas las localidades del teatro de la Opera italiana en París.

La musa del canto, la adorada de los parisienses, la sin par Adelina Patti, cantaba aquella noche la *Lucia*, en que tantos triunfos había alcanzado y los *dilettanti* se daban la enhorabuena esperando con impaciencia el momento de aplaudirla.

En uno de los palcos principales, acompañada de su padre y Mr. Louvel y vestida con extraordinario lujo, se hallaba Aura llamando la atención de los concurrentes por su singular belleza.

A pesar de que era la primera vez que asistía á estos espectáculos, estaba pálida y distraída, sin que lograsen sacarla de su abstracción ni los obsequios de su prometido, ni la representación que comenzaba entre nutridas salvas de aplausos.

Todo el mundo tenía sus ojos fijos en la escena, aspirando, por decirlo así, la armonía de aquellas notas con tanto acierto interpretadas.

Sólo un joven que ocupaba un asiento del patio, parecía completamente ajeno á lo que llamaba la atención general y miraba sin cesar al palco ocupado por Aura.

Este joven era Jorge.

De este modo terminó el primer acto y empezó el segundo.

Mr. Louvel que hacía tiempo reparaba en el joven, se aproximó al conde y dijo señalando á aquel.

—¿Quién es el que nos mira con tanta insistencia y á quien ya he visto varias veces cerca de nosotros?

—No le conozco, respondió el conde sin poder contener un movimiento de disgusto al ver al amante de su hija.

Jorge notó que había sido señalado por su rival y le miró con altanería. Aquella mirada le fue devuelta del mismo modo por Louvel.

En este momento terminaba el segundo acto.

Sin apartar la vista del palco, se levantó Jorge y haciendo un leve movimiento de cabeza, salió del patio.

Louvel en seguida pretestó que iba á ver á un amigo y dejó el palco.

Aura, que reparó aquella muda escena, tembló; pero se había prometido á sí misma no dirigir la palabra á Louvel, y el conde estaba hablando con un caballero del palco inmediato; así es que calló y esperó con el corazón palpitante.

En el momento de salir Louvel, encontró á Jorge que llegaba por la galería.

Aura creyó oír la voz de su amante que la era tan conocida, y prestó atentamente el oído.

Pero á pesar de que el diálogo tenía lugar junto á la puerta del palco, el ruido de la concurrencia apenas la dejó percibir algunas frases.

—Hasta mañana, pues, decía Louvel.

—Hasta mañana! repetía la voz de Jorge.

—¿A qué hora?

—Al amanecer.

Después nada se oyó.

Aura comprendió que se trataba de un duelo é instintivamente se puso de pie para ir á evitarlo.

Pero en el mismo momento entró Louvel y volvió á sentarse casi desfallecida.

Venia pálido y sombrío, y sonrió irónicamente mirando á la joven.

Poco después comenzó el tercer acto, y Aura, para disimular su emoción, fijó sus ojos en la escena.

En el momento en que Asthon, sediento de la sangre de Edgardo, aparece en la estancia de éste, que sorprendido y trémulo de furor le reta á muerte ante las heladas tumbas de sus progenitores con aquellas palabras:

*¡Al primo sorgere
del mattutino albore!...*

Y repiten juntos ardiendo en ira:

¡Al primoe albore!

Aura dió un agudo grito y se desmayó.

El conde acudió presuroso en auxilio de su hija y Louvel salió del palco.

Poco después dejaban el teatro y entraban en el carruaje que les aguardaba.

X.

El conde de Verteuille y su hija habitaban en una preciosa casa de la calle de Richelieu.

Al llegar á ella se despidió Louvel y deslizó en la mano de Aura un papel doblado.

Esta lo tomó instintivamente, entró en su cuarto y lo abrió.

Estaba escrito con lápiz y decía así:

«Señorita: por vuestro accidente en el teatro, sé que habeis oído mi conversacion con vuestro amante; mañana me bato con él al amanecer y ya comprendereis si haré lo posible por deshacerme de un hombre que puede quitarme mi felicidad futura. Cuando él no exista, quizás llegueis á amarme.»

H. L.

Puede comprenderse cómo pasaria la noche la infeliz joven.

Mil ideas confusas pasaron por su imaginacion, á cual más absurdas, y sin darse cuenta de ello, rogó á Dios que venciese Jorge en aquel duelo que decidía de su porvenir.

La idea del peligro la dió un valor no conocido hasta entonces, y su espíritu siempre humilde y obediente para con su padre, se reanimó resueltamente, decidiendo oponerse á la voluntad de aquel.

Sin despojarse más que de aquellas prendas que hacían su traje más embarazoso, se reclinó vestida en su lecho, donde luchó toda la noche con el insomnio y la fatiga.

Así la sorprendió la luz del día.

Acordóse de que la hora del duelo era la del *primer albor*, y dando un grito penetrante se arrojó del lecho y fue á arrodillarse ante una imagen de la Virgen que había pendiente de la pared.

El conde, por su parte, también había pasado la noche bastante inquieto á causa del accidente de su hija y sintiendo como un presagio de alguna desgracia. En este estado le sorprendió también la mañana cuando oyó un grito en el cuarto de su hija.

Vistióse apresuradamente y se encaminó á la habitación de Aura, encontrándola aun postrada y orando con el mayor fervor.

—¿Qué tienes, hija mia, qué tienes? exclamó levantándola y besando su ardorosa frente.

La joven miró á su padre con entereza y dijo:

—¿Os acordais, padre mio, del día que partimos del castillo?

—Sí, hija mia; ¿pero por qué esa agitacion?

—¿Recordais cuando Mr. d'Harcourt os dijo que uniéndome á Mr. Louvel causarais mi desgracia?

—Y bien... ¿pretendes acaso oponerte?

Aura interrumpió á su padre con un ademán señalando la carta que Louvel la había dado la noche anterior, y que estaba aun sobre la mesa de la habitación.

El conde la abrió apresuradamente y leyó con avidez, pintándose en su rostro la cólera más profunda.

—Después de esto, padre mio, me atrevo á decirlo resueltamente que jamás! ¿lo oís? ¡jamás consentiré en unirme á Mr. Louvel, y que si persistís en esa idea, resistiré con todas mis fuerzas. Amo, ya os lo han dicho, y os lo repito en este momento, á Mr. d'Harcourt! ¡yo hubiera procurado borrar de mi corazón este amor, por obedeceros, pero jamás seré la esposa del verdugo de Jorge!

Nunca había visto el conde tal valor en su hija; siempre había sido sumisa y obediente á sus órdenes, y esta contrariedad le demostró que su decision era irrevocable. Por otra parte, la conducta observada por Louvel y el lenguaje irónico y amenazante de la carta le habían llenado de indignacion y mostrado la desgracia á que esponía á su hija.

A esta idea su corazón de padre se conmovió profundamente.

—No temas, hija mia, dijo abrazándola conmovido; no serás de Mr. Louvel! ¡Faltaré á mi palabra, por más que esté solemnemente empenada, en obsequio á tu felicidad, y si Mr. d'Harcourt te ama y es digno de tí, serás su esposa!

—Pero, padre mio, á esta hora debe batirse, ya se habrán batido y... tal vez Jorge haya muerto!

—¡Oh! ¡es cierto! ¡ya hace algun tiempo que amaneció y debe ser tarde para evitar ese duelo!

Como contestando á estas palabras, oyóse en el mismo instante el ruido de un carruaje que se detenía á la puerta.

Aura escuchó con avidez, dió un gemido y cayó desmayada en los brazos del conde.

¿Quién podía ser á aquella hora sino Louvel? ¿Y á qué podía venir sino á anunciar la muerte de Jorge?

XI.

Era él efectivamente y apareció en el dintel precedido de un criado.

Venia pálido y en sus labios vagaba una sonrisa de triunfo.

—Y bien, caballero, dijo el conde que sostenía el cuerpo inanimado de Aura; ¿habeis ya muerto al caballero d'Harcourt?

—¡Ah! exclamó Louvel sin reparar apenas en el estado de aquella; ¿os ha dicho vuestra hija...?

—Sí, y también he leído vuestra carta de anoche; ¡ved el efecto que ha producido!

—¡Se ha desmayado!..

—Ya podreis comprender, caballero, que nuestros compromisos han terminado y que debeis renunciar á su mano.

—¡Renunciar! exclamó Louvel con altanería; y podré saber por qué, señor conde? ¿es tal vez porque he admitido un desafío de un rival que no sospechaba hubiese, y he tenido la suerte de salir vencedor?

El conde iba á contestar, pero en aquel instante Aura volvió en sí.

Miró un momento á Louvel con fijeza, su cuerpo se irguió de repente y prorumpiendo luego en una horrible carcajada, cantó aquellos versos que tanto la habían impresionado la noche anterior.

*...al primo sorgere
del mattutino albore!...
...¡al primo albore!...*

La infeliz estaba loca.

El conde no atendió más que á su hija. Llamó y acudieron todos los criados; en cuanto á Louvel, salió apresuradamente y huyó de aquella casa donde había causado desgracia tan horrible.

XII.

El duelo había tenido efecto á pistola y á la hora convenida.

Louvel tuvo la suerte de tirar el primero, y tendió en tierra á su rival creyéndolo muerto.

Después había abandonado el campo con sus testigos, dirigiéndose á casa del conde, donde tuvo lugar la escena anterior.

Jorge fue conducido á su morada por los dos amigos que le habían servido de padrinos, y allí le sobrevino un delirio que duró muchos días, durante los cuales luchó entre la vida y la muerte.

Cuando recobró el conocimiento, la primera persona que vió junto á su lecho fue el conde de Verteuille.

El herido se sorprendió de aquella visita y quiso incorporarse preguntando:

—¿Y Aura?

Pero el conde le impuso silencio obligándole á permanecer quieto é indicándole que le era dañoso hablar.

Algunos días más tarde y estando ya Jorge convaleciente, supo por fin que Aura estaba loca y que Louvel había partido á Alemania.

El joven se restableció al cabo de dos meses, pero su infeliz amante seguía demente.

Los médicos más acreditados de París aconsejaron al conde que hiciera un viaje con su hija, con lo cual creían que recobraría la razón.

El conde lo dispuso todo en seguida y salieron de París con Jorge, que jamás los abandonó, aunque vive en diferente alojamiento que su prometida, y que ha perdido ya la esperanza de su curacion.

XIII.

Cuando el extranjero terminó su narracion, dos lágrimas asomaron bajo sus párpados.

Todos permanecimos callados y queriendo leer algo en el rostro del joven.

De pronto en la fonda de en frente se abrió un balcón, apareció la joven que habíamos visto entrar y empezó á cantar con voz triste:

*Lo que al paterno cenere
giurai strapparti il core...!
...al primo albore...!*

—¡Aura! dijimos todos á un tiempo.

—Sí; Aura que aun no ha conocido á su amante á pesar de que siempre va á su lado! exclamó el narrador.

—¡Pobre Jorge! dije yo tendiéndole mi mano.

Todos le rodeamos y él nos dió las gracias por nuestras simpatías.

Media hora despues nos despedimos y desde entonces no le hemos vuelto á ver.

XIV.

Algun tiempo adelante, nos hallábamnos una noche Luis y yo en el café Suizo leyendo *La Correspondencia*, cuando mi amigo me hizo notar el siguiente suelto que leí con avidez:

«Ayer contrajo matrimonio en esta córte made-moiselle Aure de Verteville, hija del conde del mismo título, con Mr. George d'Harcourt, ambos de la primera nobleza de Francia. Parece que la desposada ha padecido una demencia melancólica durante quince meses, de la que se ha repuesto despues de un largo viaje por nuestra península.»

¡SALVADOR PÉREZ MONTOTO.

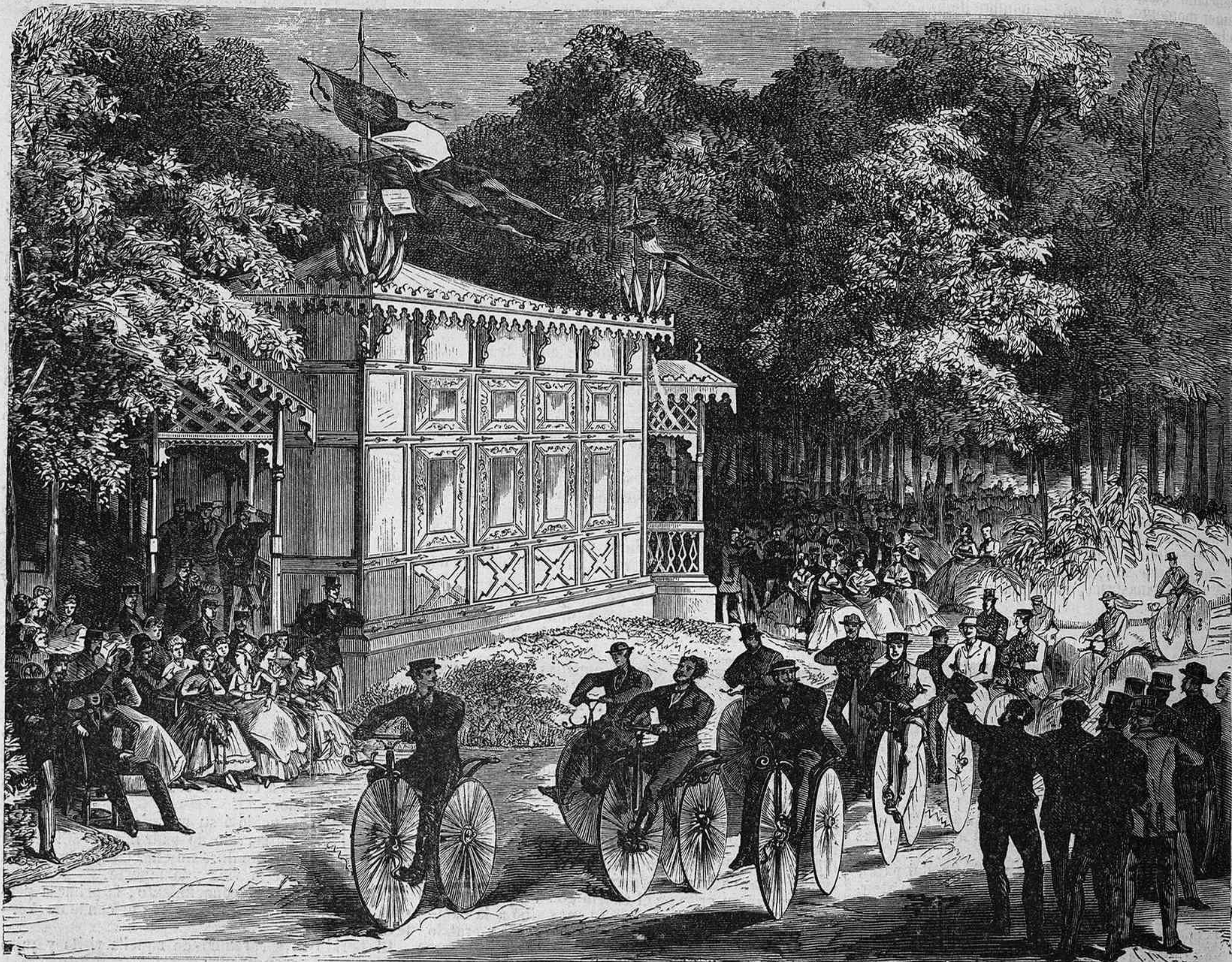
FRENOLOGIA.

«La apreciacion de una ciencia que nace, no debe ser mirada sino como una anticipacion.» Hé aquí el

juicio imparcial que merecieron al poeta Goethe las doctrinas frenológicas de Gall, y ciertamente no fue el autor de *Fausto* quien perdonó al ilustre médico los frecuentes desaciertos á que fue llevado por la prematura aplicacion de principios que mas bien eran presentimientos.

No ha merecido desgraciadamente muchas críticas tan imparciales la frenología; á vueltas de un favor extraordinario, cayó en el mas completo desprestigio, tan infundado como aquel.

El sentido comun y á su lado copiosa muchedumbre de pensadores y sabios de todas las edades, atestiguan que no ha faltado en la historia humana el pronóstico de una estrecha correspondencia del espíritu y el cuerpo.



CARRERAS DE VELOCIPEDOS., EN PARIS.

Las tentativas encaminadas á fijar con precision y límites los caracteres y lugares en que aparece y toma cuerpo la relacion supuesta, han podido lograr éxito mas ó menos lisonjero; pero el problema puesto sigue en sus términos capitales.

Pensamientos aislados de los padres de la iglesia, ensayos con aspiraciones á doctrina organizada, dentro de los cuales merece ser citado el examen de ingenios de nuestro célebre Huarte, y tentativas sobre base experimental y crítica como los de Gall, Spurzheim y sus proseguidores, tales han sido las fases históricas de la frenología.

Partiendo de una supuesta localizacion en determinados sitios del cerebro, de las facultades y tendencias del alma, é induciendo un mayor poder y desarrollo de estas allí donde el relieve exterior del órgano se pronuncia y significa mas, los frenólogos han recorrido cárceles, manicomios y escuelas, círculos sociales de todos grados en busca de confirmacion experimental para sus hipótesis.

Como resultado de sus indagaciones teórico-prácticas, Gall fijaba en veinte y nueve el número de las facultades y afectos capitales, anímicos, dando á cada uno lugar circunscrito y señalado en el cerebro.

A juzgar por los datos que en su historia del nacimiento y vida de la frenología aduce el alemán Gustavo Scheve, asciende en la actualidad aquella cifra á treinta y seis, algunas de las cuales confiesa sin embargo no están precisadas todavía.

Para mayor facilidad han sido divididas estas en tres grupos. 1.º Afectos inferiores ó animales. 2.º Afectos superiores. 3.º Facultades intelectuales, subdivididas estas en inferiores (patrimonio del animal muchas de ellas) y superiores ó reflexivas.

Los órganos de los afectos inferiores están situados en la parte inferior y posterior de la cabeza; los correspondientes á los superiores en su region alta; y las facultades intelectuales superiores é inferiores en las partes altas y bajas de la frente. Abraza cada region de estas un número determinado de órganos correspondientes á su afecto ó facultad cada uno: señalamos en el grabado adjunto con números de orden los órganos cuyas facultades ó afectos vamos á enumerar: Afectos inferiores. 1. Amatividad. 2. Filogenitura. 3. Concentratividad. 4. Adhesividad. 5. Acometividad. 6. Destructividad. 7. Secretividad. 8. Adquisitividad. 12. Prevision.

Afectos superiores. 10. Aprecio de sí mismo.

11. Aprobatividad. 15. Firmeza. 16. Concienciosidad. 14. Veneracion. 17. Esperanza. 13. Benevolencia. 21. Imitacion. 18. Maravillosidad. 19. Idealidad. 20. Chistosidad. 3.º Facultades intelectuales inferiores. 22. Realidad. 23. Forma. 24. Tamaño ó extension. 25. Peso ó resistencia. 26. Colorido. 29. Orden. 28. Cálculo numérico. 27. Localidad. 30. Eventualidad. 31. Tiempo ó duracion. 32. Tonos. 9 Constructividad. 33. Lenguaje.

Facultades intelectuales superiores. 34. Comparacion. 35. Causalidad.

Cada hombre tiene todos los afectos y facultades enumeradas, las cuales pueden ser y son mas fuertes en unos y mas débiles en otros.

De esta diversa fuerza de cada afecto y facultad en unos y otros hombres, brotan las diferencias del carácter humano, y de cada órgano la variedad de formas que el cerebro y la cabeza por lo tanto muestran con inagotable profusion. — A. L.

LA VISITA DEL MEDICO.

El enfermo debe estar grave, no hay duda: el gesto del médico, la inquietud y el número de los que le ro-

dean, y sobre todo, la presencia de la hermana de la Caridad, que vela á la puerta de la alcoba, lo dicen suficientemente.

Es la hora, en torno de la cual giran las esperanzas y los temores de toda la familia, para quien la presencia del facultativo es un consuelo, porque para este hombre misterioso, que habla en dialecto extraño, y escribe aquellos signos cabalísticos que sólo el boticario entiende, la vida no tiene secretos, ni la enfermedad recursos, ni la muerte fuerzas.

El paciente cayó enfermo ayer tarde, y á pesar de los recados continuos que al licenciado Sanchez mandaron desde el primer momento, éste, que es hombre de cachaza, no se ha dado á partido hasta las dos de la tarde. Entre tanto, la tos del enfermo ha aumentado de tal manera que, la familia, en vista de la tardanza del médico, ha acordado enviar por una hermana de la Caridad, que puede sustituirle en gran parte. Según ellos, el paciente ha contraído ayer mañana una tisis pulmonar en tercer grado, de buenas á primeras.

Pero el ansiado Sanchez aparece: interroga al protagonista de aquel trágico drama, le pulsa, ausculta, tienta, mira y remira, y sale á la luz á examinar los esputos.

Ya el infortunado médico, algo escamado por la experiencia, y aumentada su desconfianza por la minuciosa observación que acaba de hacer del enfermo, sospechaba un tanto; pero al ver la última prueba de las *expectoraciones*, exclama, torciendo el gesto:—«¿Y para esto me llamaban ustedes tan de pries?»

Con efecto, el joven Hilario estuvo anoche en Capellanes, y se constipó á la salida, y como no pareció hasta ayer á la hora de comer, el catarro se empeoró, y pare usted de contar.

Pero con agua de malvas se pondrá bueno; y la patria ó más bien, la oficina (que viene á ser lo mismo) no sufrirá la irreparable pérdida que su padre, el bueno de don Cletó, su madre doña Anastasia, sus hermanas y el hermanito

(tan espigado como envidioso de la hermosa libertad que se concede, ó mejor, se toma el primogénito) se empeñaban con tenaz crueldad en profetizarse

Hay, sin embargo, que reconocerles una ventaja que no es pequeña, dadas las condiciones de no exhuberante actividad en que viven los que hoy se sir-

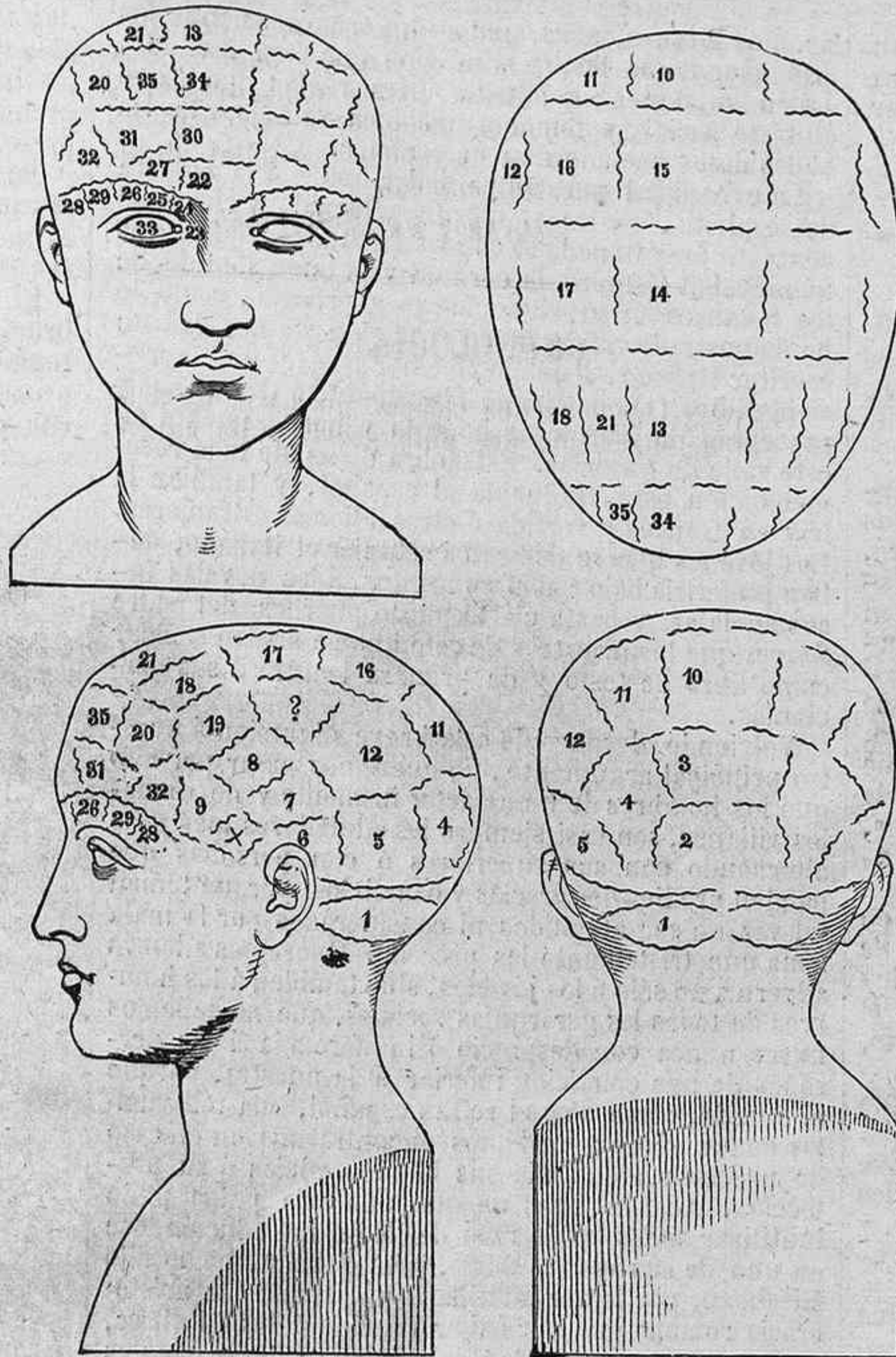
mútuamente. Sea Dios loado! El nos libre de los males de *aprensión*, que no son menos funestos que los de verdad.
H.

LOS VELOCIPEDOS.

Pocos medios de locomoción se han ideado, que respondan menos á la continuidad del movimiento, al sosiego de quien los utilice, y adaptación á los accidentes del suelo, condiciones todas cuya satisfacción procura realizar la industria, que los llamados *velocipedos*, cuya extraordinaria profusión, sobre todo en la capital del vecino imperio, solo se explica por el afán insaciable que allí se siente de novedades de todo género, así sean completamente fútiles.

Para dar idea de la grandísima boga alcanzada por estos aparatos en París, ofrecemos el presente grabado que representa una de las carreras en el Bosque de Bolonia cuyo principal accidente es, como se nota, la afluencia de elegantes caballeros en esta novísima y singular calzagadura.

Sobre la comodidad que ofrecen estos recomendables vehículos, nada hay que decir; baste señalar que es preciso para imprimirles movimiento un continuo ejercicio de tensión y flexión de las piernas. Ciertamente no todos ellos tienen el pequeño inconveniente de caerse en tierra, tan presto como los músculos del caballero, rendidos de fatiga, dejan de contraerse y alargarse, siéndole necesario á éste ver cómo se las arregla para no seguir la suerte del vehículo: hay algunos, como los armados sobre tres ruedas, que así en movimiento como en reposo quedan en equilibrio; pero todos sin excepción son impotentes para vencer pendientes algo rápidas, ni menos para salvar curvas de diámetro un tanto recido.



FRENOLOGIA.



LA VISITA DEL MÉDICO.—DIBUJO DEL SEÑOR ORTEGO.

ven de ellos con mayor empeño: son en efecto ocasion de ejercicio higiénico muy atendible y en lo tanto un correctivo al *dolce far niente* corporal, tan familiar á los *fashionables* de todos países.

C. L.

LA URBANIDAD Y BUENA CRIANZA

SE APOYAN

EN LA AFABILIDAD Y CORTESIA DEL CARÁCTER, Y SON LA MAS CLARA MUESTRA DE BUEN SENTIDO.

Un escritor inglés muy célebre, llamado Chesterfield, dice en sus *Cartas sobre la educacion*, estas palabras muy notables: «El corazon de un hombre, por muy puro que sea y sencillo, necesita manifestarse á los demás, si anhela ser apreciado; un buen carácter es el medio mas oportuno y fácil para conseguirlo, y los que no lo poseen acaban por ser detestados por la entera sociedad. Con efecto, los que se distinguen por su carácter rudo, orgulloso y terco, dan margen á graves sospechas, y á la opinion de que abrigan en su alma la injusticia, la malignidad, la perfidia, la mentira, la falsedad, etc.: declarémoslos, pues, buenos y virtuosos en todos nuestros actos exteriores.» Es de advertir, sin embargo, como nota un escritor, no menos célebre, llamado Vaumoriere, en su precioso libro, que lleva por título: *El arte de agradar en la buena sociedad*, que las señoras deben unir á un carácter afable, cortés y delicado, el manto de aquella modestia muy propia de su sexo, como la de un lenguaje circunspecto y de una moderacion ejemplar, evitando todas las palabras que pueden causar mal sonido y desagradar á los demás. A estos preceptos muy sensatos queremos añadir que las señoras bien educadas deben cerrar el oido á los discursos poco convenientes al decoro de su estado, y á todas las alusiones y palabras equívocas, que revelan cierta desenvoltura.

Algunos creen que el tono familiar y franco, que es muy propio de los hogares domésticos, nos dispensa de toda ley de urbanidad, y de la cortesía que acostumbramos observar, tratando con personas extrañas. Este es un error, porque las reglas de la buena educacion exigen un estudio asiduo, y son un testimonio de respeto debido tal vez con preferencia á los que nos pertenecen por los lazos de parentesco, como dice monseñor de la Casa en *sus reglas de la buena crianza*. Si queremos, pues, distinguirnos del vulgo, evitemos en el seno de nuestra misma familia todos los actos rudos y groseros, y no olvidemos jamás que un carácter delicado y las bellas dotes que adornan el ánimo, y se manifiestan mediante una refinada educacion, nos cautivan cada vez mas el afecto de los con quienes vivimos ó tenemos un trato muy frecuente.

Los antiguos romanos, persuadidos de que las reglas de la urbanidad son uno de los principales requisitos que distinguen á los buenos ciudadanos de la clase mas ínfima y ruda del pueblo, las observaban, siempre con mucha escrupulosidad. En tiempo de Augusto todos los romanos, recorrían las calles de la gran metrópoli acompañados siempre de un esclavo llamado *Nomenclator*, á fin de que les dijera el nombre de los amigos y conocidos que encontraban, para saludarles inmediatamente, diciéndoles: *Caio ó Sempronio te saludo (Caïum aut Sempronium bene vale)*. El mismo Augusto, cuando se disolvía el Senado, saludaba á todos los miembros de aquella ilustre asamblea, pronunciando amistosamente sus nombres respectivos.

Estando un anglo-americano en Montevideo, dijo á uno de sus amigos, natural del país, que le causaba maravilla, que sus compatriotas, no contentándose con tratar humanamente á los esclavos, les de olvían tambien el saludo, si les encontraban. El hispano-americano le contestó: «Mis conciudadanos no quieren ser vencidos en finuras y cortesía por un pobre esclavo.»

Una obra italiana, hoy muy rara, escrita en elegante poesía y titulada: *El joven instruido*, contiene todas las reglas de la buena crianza, y hablando de la edad moderna, refiere las delicadezas y los testimonios de esmerada educacion, que distinguían á los antiguos griegos y romanos de los pueblos bárbaros.

Cuando Gonfalonieri, cuyo nombre ignoran muy pocos, fue culpado calumniosamente de que habia vuelto las espaldas á un general austriaco, que habia ido á visitar la horrenda cárcel de Espiblerg, en donde aquel infortunado por barbarie del Austria yacia sepultado, Pedro Maroncelli exclamó: «Calumnias semejantes deshonoran á la corte imperial que las inventa, y quien conoce á Gonfalonieri y su refinada educacion no las creerá jamás.»

Un antiguo refran dice con acierto, que los ojos son las ventanas del corazon porque espresan nuestros sentimientos interiores; y la esperiencia nos enseña que los modales afables, los testimonios de respeto y sumision, las palabras modestas, no se separan jamás de una índole sociable y de los sentimientos virtuosos: hay muy raras escepciones acerca del particu-

lar. Los jóvenes, pues, que no quieren desmentir los principios de la buena educacion que han recibido, deben sujetar su conducta á las reglas que exige el trato social, y que dan una idea ventajosa de las bellas dotes que adornan su carácter.

La urbanidad contribuye á dar lustre á la cultura del espíritu, realce al mérito personal, y tiene un contacto muy inmediato con las virtudes sociales, que manifiestan siempre la cordura y el buen sentido de los hombres en su vida pública y privada, como lo ha demostrado con gala de erudicion y amenidad un escritor italiano, llamado Melchor Gioja, en un apreciable libro (1), destinado únicamente á dar reglas y preceptos de bien vivir honesta y honrosamente en este valle de miserias. Esta obra digna de toda recomendacion está traducida al español, y tambien la hay en francés y vertida á otros idiomas extranjeros. Los jóvenes que se dedican á estudiar el italiano, deben preferirla bajo todos conceptos, á las novelas insustanciales, y hasta cierto punto pueriles, del padre Soave, que los maestros de este idioma suelen señalar como libro de testo y de primera lectura á sus discípulos.

Volviendo, despues de esta breve digresion á nuestro principal argumento, no queremos pasar por alto que los hombres de un carácter insolente y de modales villanos, son casi siempre los aduladores mas viles alternando con sus superiores ó con personas que pueden prodigarles gracias y beneficios, porque temen tal vez no ser atendidos ni considerados por la mala fama que tristemente les precede. Queremos además advertir, no sólo á los jóvenes, sino tambien á los hombres de todas las gerarquias sociales, que no debemos mirar nunca con desprecio ó indiferencia á las personas de una condicion inferior á la nuestra, porque el mundo, como dice el refran español, «da mil vueltas en un año,» y podemos éncotrarnos en el caso de necesitar algun dia sus buenos oficios ó su proteccion. Acordémosnos de que una sola pulga pudo inutilizar todas las fuerzas del leon, introduciéndose en uno de sus oidos. Mario, mas grande, como dijo Mirabeau, por haber humillado y destruido la aristocracia romana que por haber vencido á los Cimbros, no era mas que un patan del campo, y los parientes mas inmediatos á Cromwell habian vendido cerveza en Lóndres.

Debemos observar con preferencia y escrupulosidad todas las reglas de buena crianza y respeto hácia los ancianos: sus canas representan las generaciones que nos han precedido, y los que no respetan á sus progenitores, no merecen ser respetados por sus hijos. Esta era una de las principales maximas gubernativas del gran Licurgo, como nos lo refieren todos los antiguos historiadores.

Los franceses, llevados siempre en alas de su ordinario aticismo, han dado el nombre de *tapicería de los bailes* á las tías ó mamás ancianas, que acompañan á las sobrinas ó á las hijas que concurren á los saraos y grandes tertulias; pero á pesar de este chiste de muy buen género, en ninguna parte del globo, á escepcion de la Alemania, se respeta tanto á los ancianos de ambos sexos, como en Francia.

El conde de Maistre, tan severo y reaccionario en sus escritos, era sin embargo el ídolo de los que profesaban doctrinas y opiniones contrarias á las suyas, porque naturalmente delicado, se manifestaba ageno de toda personalidad, disputando con ellos. En Suiza cuestionaba muy á menudo con madama Staël, calvinista, y á pesar de que los dos quedaban siempre firmes en sus principios, su amistad no se alteraba; y cuando los amigos de Maistre le preguntaban si habia logrado inocular en el corazon de la Staël las doctrinas católicas, contestaba sonriéndose: «Esto no es posible, porque no hemos estudiado teología juntos.»

En fin, vamos á poner término á este artículo con decir que las reglas y los preceptos de la buena crianza, sincera y lealmente observados, son la prueba mas clara de haber recibido una educacion esmerada, y que el que bajo sus apariencias abriga un alma vil y fementida puede ser comparado al fraude, que nos pinta Dante en su *divina comedia*, advirtiéndonos que tiene la cara risueña y seductora, y el corazon perverso y corrompido.

SALVADOR COSTANZO.

ALBUM POETICO.

ELISA, DE PASEO.

Famosa por su despejo,
tremenda por sus conquistas,
del reposo de los hombres
irresistible enemiga,
por la Fuente Castellana
ayer con su madre iba,
sal derramando á puñados
y gracia, la bella Elisa.

(1) En italiano *Galateo* de Gioja.

La envidiaban las mujeres;
los hombres la bendecian;
alicortados los pollos
se quedaban á su vista.
Las hadas, que la dotaron
de beldad tan peregrina,
giraban en torno de ella
con encantada sonrisa.
Un ejército de amores
invisible la seguía,
avasallándolo todo
como Pizarro en las Indias.
Las flores daban su olor
al pasar la hermosa niña,
los pajarillos cantaban,
los árboles florecían;
y por verla, y por copiarla
en sus ondas cristalinas,
brincaban de amor las fuentes
ó murmuraban de envidia.
Ella, como el sol que nace,
llevaba en la frente el dia,
luz en los ojos divinos
y carmin en las mejillas.
En la boca, breve urna
de coral y perlas finas,
panalito perfumado
de dulce miel escondía.
Al pasar yo junto á ella
fue tanta mi golosina,
que me hubiera convertido
en zángano ó en avispa.

A GLÁFIRA.

Redondas perlas que ciñen
tu hermoso y cándido cuello,
diamantes que nos deslumbran
más que tus ojos serenos;
encajes, plumas y flores
que coronan tu cabello,
lazo que estrecha tu talle,
ropas que velan tu cuerpo,
guante de tu blanca mano,
chapin de tu pie ligero,
limpia y venturosa Holanda
que oculta besa tu seno;
ambiente que te circunda,
luz que te baña, silencio
que en torno tuyo difunden
la admiracion y el afecto;
leve fragancias de lirios
con que embalsamas el viento,
música de tus palabras
con que enamoras los ecos,
mirada con que fulminas
los corazones de acero,
y mentirosa sonrisa
con que me auguras el cielo:
todo parece que guarda,
allá en su escondido centro,
una promesa, un conjuro,
un espíritu, un misterio.
Se diría que tu alma
tiende invisible su vuelo
y penetra y vivifica
los materiales objetos;
mas tu alma huyó sin duda
de tu desolado pecho,
porque de allí la poesía
y los amores huyeron.

JUAN VALERA.

DEL FERROL A CARTAGENA.

NOVELA-VIAJE.

I.

Esta novela no necesita prólogo, porque en realidad no es novela, sino un viaje.

Y porque siendo mia debe ser mala.
Y en lo malo están demás las formas literarias.
Asi lector, quien quiera que fueses, ó lectora de mi corazon, de un salto te pongo en Galicia.

En ese país que critica el que no conoce.
Y te llevo al magnífico arsenal del Ferrol.
Allí verás grandes fragatas, espaciosos talleres, anchos diques, almacenes abundantes y numerosos trabajadores.

Pero si quieres seguir el hilo de mi narracion, vente conmigo al pueblo, mira de soslayo el paseo de la Chinela y las altas y pintorescas fachadas de los edificios y entra á comer en el número 84 de la calle de la Magdalena.

Mientras ponen la sopa, yo te contaré lo que es el Ferrol.

II.

El Ferrol es un bonito pueblo con hermosas calles tiradas á cordel, espaciosas plazas, en particular la de Armas, donde luce una esbelta fuente que lleva el nombre del inmortal Churruca.

En cambio de estas cosas buenas, el alumbrado es tan malo que sus mezuquinos faroles dan menos luz que una estrella nebulosa (1).

Y para ayuda de penas los apagan á las diez en punto.

Lo que en noches oscuras da lugar á pesados chascos para los forasteros que estando en la calle donde viven buscan inútilmente su casa.

Porque en sus rectas y prolongadas calles con muchas de travesía á distancias simétricas, sin ningun objeto en que poder fijar el cálculo, y en la oscuridad, es imposible hallar una casa sin mirar el número, cosa mas imposible todavía.

El sereno es el remedio de este mal.

Y los del pais usan otro mas positivo, cual es el hacerse preceder de un doméstico con un farol.

Las ferrolanas son guapas y graciosas, y no quieren ser gallegas, sino andaluzas del quinto reino.

Con frecuencia se oyen en el Ferrol exageraciones y palabras mal dichas, haciendo alarde de marcar el acento de Andalucía.

Este, mezclado con el cadencioso gallego, forma una discordancia particular que agrada oír de labios de una hermosa.

Una de las mayores recomendaciones que puede llevar un hombre para el bello sexo ferrolano, es haber nacido en la tierra de María Santísima.

Las ferrolanas en general son muy amables, y esta circunstancia hace que sea una delicia vivir en el Ferrol.

Pero, lector, dispensa: ya está la comida; siéntate y me acompañarás; luego seguiré contando sin cuidarme de tí.

III.

Concluyó la comida y, reunido con varios amigos, fui al camino del teatro, donde tomamos café, jugándolo despues al villar.

Luego entramos al coliseo donde se representaba aquella noche *El Tanto por Ciento*.

No puedo decir el éxito que tuvieron los actores en tan excelente drama, ni si lo echaron á perder por no ser dignos de interpretarlo.

Mi atencion estuvo fija en otra parte, y sólo ví una cosa aquella noche.

Y esa cosa que ví fue una mujer.

Una hermosa niña de unos diez y ocho abriles, que ocupaba uno de los palcos bajos.

Era blanca como la nieve, de cabellos y ojos negros, y de una belleza tal, que jamás criatura semejante habia cruzado ante mi vista.

Tenia cierto aire de sufrimiento, y reparando en mi contemplacion, parecióme que la incomodaba, por lo que dejé de mirarla.

Pregunté á varios si la conocian, y todos me dijeron que era forastera é ignoraban su nombre, como igualmente el del anciano que estaba con ella.

Este era bastante alto, adornaban su rostro unos largos bigotes y permanecia en completa inmovilidad.

Concluida la funcion me dijo un amigo:

—¿Quieres venir al baile del otro casino?

—No, tengo sueño, le contesté.

—Te encuentro con pocas ganas de divertirme, y es extraño; pero de todos modos vas á venir.

—Como gustes.

Y nos fuimos al otro casino.

IV.

El salon estaba perfectamente alumbrado, y multitud de hermosas ferrolanas hacian encantador aquel local.

Por un momento, entusiasmado de tanta belleza, me olvidé de la niña del teatro.

La música hizo sonar sus acordes, dejando oír una preciosa habanera, el baile mas en moda de Galicia.

Poco despues, daba vueltas llevando en mis brazos una de aquellas hadas que reunia á su hermosura un lujo y elegancia sin igual.

¡Cuánta ventura brinda una noche de baile! decia para mí, y al mismo tiempo á mi pareja le prodigaba las flores mas preciadas de mi ingenio.

Una cabeza blanca asomó en esto por cima de la multitud.

Era el hombre de la fisonomía inmóvil cual la de una escultura, que acompañaba en el teatro á la hermosa que llamó mi atencion.

Cogida á su brazo venia ella.

Concluyó la música y llevé mi pareja á su familia. En seguida me dirigí á la forastera, y la invité á bailar lo primero que tocasen.

—No bailo, caballero, me contestó.

Y parecióme que su voz era triste, y que se humedecian sus ojos.

(1) Hoy tiene ya un buen alumbrado de petróleo.

Al romper de nuevo el baile, quedó un asiento desocupado al lado de ella y fui á ocuparlo.

Mi ánimo era entablar conversacion con el fin de declararle el cariño que me habia inspirado desde el momento que la ví.

Pero conociendo que no le agradó el que me acercase, me retiré en seguida.

Tambien en el baile pregunté si la conocian, y nadie me dió razon.

La noche, de alegre, pasó á ser triste. Los amigos me llevaron al *restaurant*, y cuando volví al salon ya no estaba ella.

Y no halagándome lo demás me retiré, y poco despues dormia.

Y hasta en mi sueño la tuve presente y martirizaba mi curiosidad aquel dolor que espresaban sus ojos y su acento.

V.

—Señorito, decia la Marusa al otro dia por la mañana, ahí está Varela; quiere usted algo para la Coruña?

—Sí, quiero irme, díle que suba.

Poco despues entró Varela seguido de sus satélites. Y los satélites de Varela son mujeres marimachos que hacen el servicio del puerto.

Descalzas de pies y piernas conducen cuantos bultos cargan y descargan los barcos, llevan los equipajes y corren las muestras de los comisionistas.

Varela es un mandadero que como otros varios lleva y trae encargos de la Coruña al Ferrol, cuida de los equipos del que viaja, y proporciona hospedaje.

En un abrir y cerrar de ojos, aquellas escepciones del sexo débil, cargaron mi baul, sombrerera y sacallo, saliendo como alma que lleva el diablo, y tras de ellas Varela, no sin antes decirme:

—No se descuide, señor, que es tarde.

Un rato despues ocupaba yo un bote de cámara, y entré á bordo del «Pájaro de la Marola».

No se hizo tardar la hora de la marcha, y el barco caminó sereno por la ría del Ferrol.

Al salir á la ancha mar, el Levante picaba, y el vapor empezó á moverse con gran violencia.

En Galicia hay un dicho vulgar que es: «Quien pasa la Marola pasa la mar toda.»

Y en efecto, en esa travesía se juntan corrientes encontradas de las rías de Betanzos y otras, además de la violencia que da á las aguas el estrellarse contra las peñas de Marola y el Seijo blanco.

Es tal la violencia con que se agita allí la mar, que en muchas ocasiones es imposible la travesía.

La mañana á que me refiero fue el paso bastante dificultoso.

Al fin dimos vista á la Coruña, y al dejar á la derecha la hermosa torre de Hércules, ó sea el faro, calmóse la violencia del vapor, y los pasajeros subieron á cubierta para contemplar el puerto.

Yo, que no habia entrado en la cámara, sino resistido el viento sentado en el puente con el capitán, no habia reparado en mis compañeros de viaje.

Pero ¿cuál no sería mi sorpresa al ver la hermosa de la noche anterior acompañada del anciano? El «Pájaro de la Marola» cumplió como bueno aquel dia, y multitud de lanchas acudieron á él.

Yo entré en la de mi desconocida, y cambié con ella las siguientes palabras:

—¿Es usted de la Coruña?

—No soy, me contestó secamente.

Sin embargo la volví á preguntar á trueque de pasar por importuno.

—¿Va usted á parar en alguna fonda?

—Sí señor, y usted? me dijo con presteza.

—Tambien.

—¿Y en qué fonda va usted á parar?

—Suelo ir á la de Poniente, pero ahora quisiera estar en la que usted parase.

—No, dijo, le suplico que vaya á la de Poniente y yo iré á la del Comercio.

—Su deseo de usted es para mí una orden; mas tenga la bondad de decirme si podré visitarla.

—Imposible, caballero.

—¡Imposible! ¿y por qué? ¿no le acompaña su respetable padre?

Ella se sonrió tristemente.

—Yo, seguí diciendo, no tengo el gusto de saber quién es usted; pero una simpatía sin limites me hace que la quiera; mas aun creo que la amo, la orilla se acerca y nos vamos á separar, aquí tiene usted mi nombre.

Y alargué una tarjeta que ella tomó sin contestarme.

—Y el de usted.

—Me llamo Paulina, dijo, y cogiendo del brazo al anciano, ayudados por mí saltaron á la rampa del muelle.

VI.

La Coruña es una preciosa poblacion donde hay muchachas encantadoras.

Se halla dividida en tres grupos que son la ciudad, la Pescadería y Santa Lucía.

La ciudad está en una altura que domina el mar casi por sus cuatro costados.

En ella está la audiencia, la capitanía general y el ayuntamiento: tiene algunas iglesias bizantinas poco notables y sus calles están siempre desiertas.

La Pescadería es la parte animada de la poblacion; en ella se hallan el gobierno civil, las oficinas de hacienda, la aduana y el correo.

En la Pescadería paran las diligencias, están las fondas, los comercios, muchos cafés y buenos casinos.

Tambien los restos de un bonito teatro hoy en reparacion.

Y aquí apuntaremos para los que dicen que Galicia es pobre, el hecho de que á los cinco ó seis dias de quemado el teatro habia una suscripcion de ochenta mil duros para hacer otro y despues de varias disidencias sobre el sitio que habia de ocupar convinieron en que se reedificase el destruido.

La ciudad y Pescadería, con el hundimiento de las antiguas fortificaciones, se miran por medio de una plaza que ha de ser magnífica á juzgar por el primer edificio que se ha levantado.

En este mismo derribo se ha hecho por cuenta del Gobierno un magnífico cuartel.

Santa Lucía es barrio como son generalmente todos los barrios.

En la Coruña hay además una cosa que es indispensable la vea todo forastero.

Y una vez vista, tiene que visitarla siempre que visite la Coruña.

Y esta cosa es el Orzan.

Y el Orzan es una pequeña bahía donde las aguas en flujo y reflujo continuo se agitan constantemente, y grandes olas se estrellan contra las rocas y la playa, salpicando á una altura increíble.

Cuando va á haber tormenta, el Orzan la anuncia antes dando espantosos rugidos.

Al estremo de esta bahía está el faro en una punta de tierra que divide el Orzan de la entrada del puerto.

Y ha sucedido ya que algun barco extranjero queriendo entrar sin práctico, ha penetrado en el Orzan, donde ha sido sepultado por el oleaje.

Y, ¡descuido increíble! aun permanece este sitio sin tener boyas.

VII.

Tres dias estuve en la Coruña, pasados los cuales, tomando un billete en la diligencia Ferro-carrilana, fui á ocupar mi asiento en la berlina que iba sin pasajeros.

A poco subió al pescante el mayoral, y crugiendo la tralla, salimos por la Rua Nueva á la hermosa calle de Espoz y Mina, antes de San Andrés, y empezamos á cruzar puertas y puentes levadizos hasta vernos fuera de las murallas.

Atravesamos el paso de nivel de ferro-carril que lleva tierra para rellenar la obra del puerto y en un buen escapé nos pusimos en Santa Lucía.

Aquí empezamos á bajar una pendiente viendo á la izquierda el mar y luego por entre preciosas quintas llegamos al portazgo.

Durante esta pintoresca legua que hay de la Coruña al portazgo, nos encontramos muchas caravanas de elegantes montados en burros.

Y esto que parece ridículo, es una costumbre como otra cualquiera.

Y como es costumbre, no choca ni llama la atencion el que se vaya de sombrero de copa en un burro de alquiler.

En ellos van todos á las preciosas fincas de recreo que tanto abundan en aquel sitio y tambien á las fondas de Pasajes á comer ricas ostras.

En el portazgo se apartan los caminos de Vigo y Castilla.

Pasado el portazgo, el camino, aunque siempre pintoresco, pierde de su interés por hallarse menos gente y por ser poco notables las casas de las que se miran muchas por todos los de Galicia.

Me recosté en un rincon y saboreando un cigarro mientras pensaba en Paulina, comencé á recitar en voz baja unos versos míos que le venian de molde.

Es hermosa como un ángel
como un ángel pura y bella,
es la misteriosa estrella
que alumbrá mi porvenir, etc.

En esto abrieron la ventanilla de comunicacion de la segunda berlina y ¡oh fortuna caprichosa! allí venia la niña de mi amor.

VIII.

—¿Qué suerte, Paulina, el encontrarnos otra vez!

—Diga usted mejor qué fatalidad, contestó ella.

—Fatalidad, ¿y por qué? acaso le repugna mi presencia?...

ALMANAQUE LITERARIO DE EL MUSEO UNIVERSAL PARA EL AÑO 1869.



ENERO.

¡Ya vienen los judíos... Dios me asista!
¡pobre España con tanto prestamista!



FEBRERO.

—¿Con dos caras embromas?
—Sí, Facundo,
que así se vive en grande en este mundo.



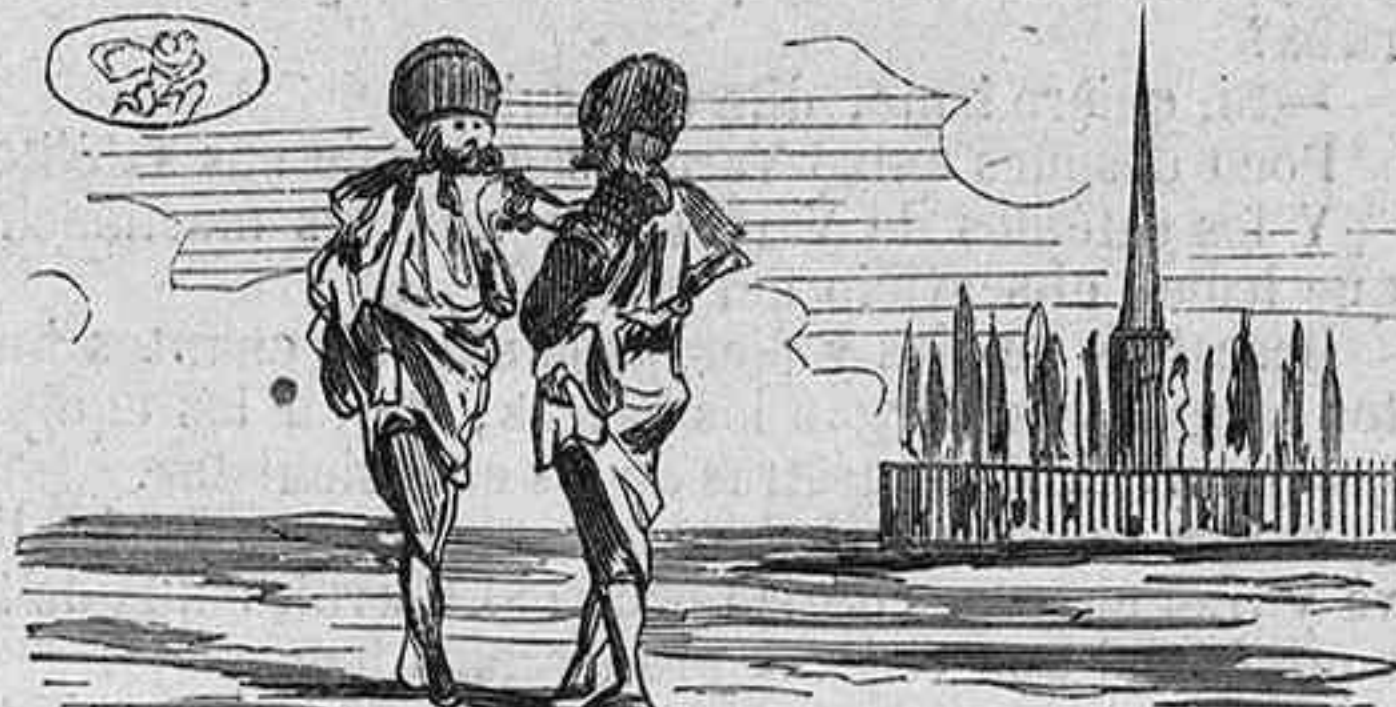
MARZO.

—Señoritas, soy rico y soy mormon...
Aprovechen ustedes la ocasión.



ABRIL.

Al ver los cultos libros—establecidos
huyen los sacristanes—despavoridos.



MAYO.

—Modelos los dos son de patriotismo.
—Y sus nietos también, ¿serán lo mismo?



JUNIO.

El Estudiante.—¿Serás constante con tu Mariano?
La Modista.—Según soplen los vientos este verano.



JULIO.

Una familia ex-real, que allá por Francia
veranea con garbo y elegancia.



AGOSTO.

De Castilla estos son tipos estraños
que en los puertos del Norte, toman baños.



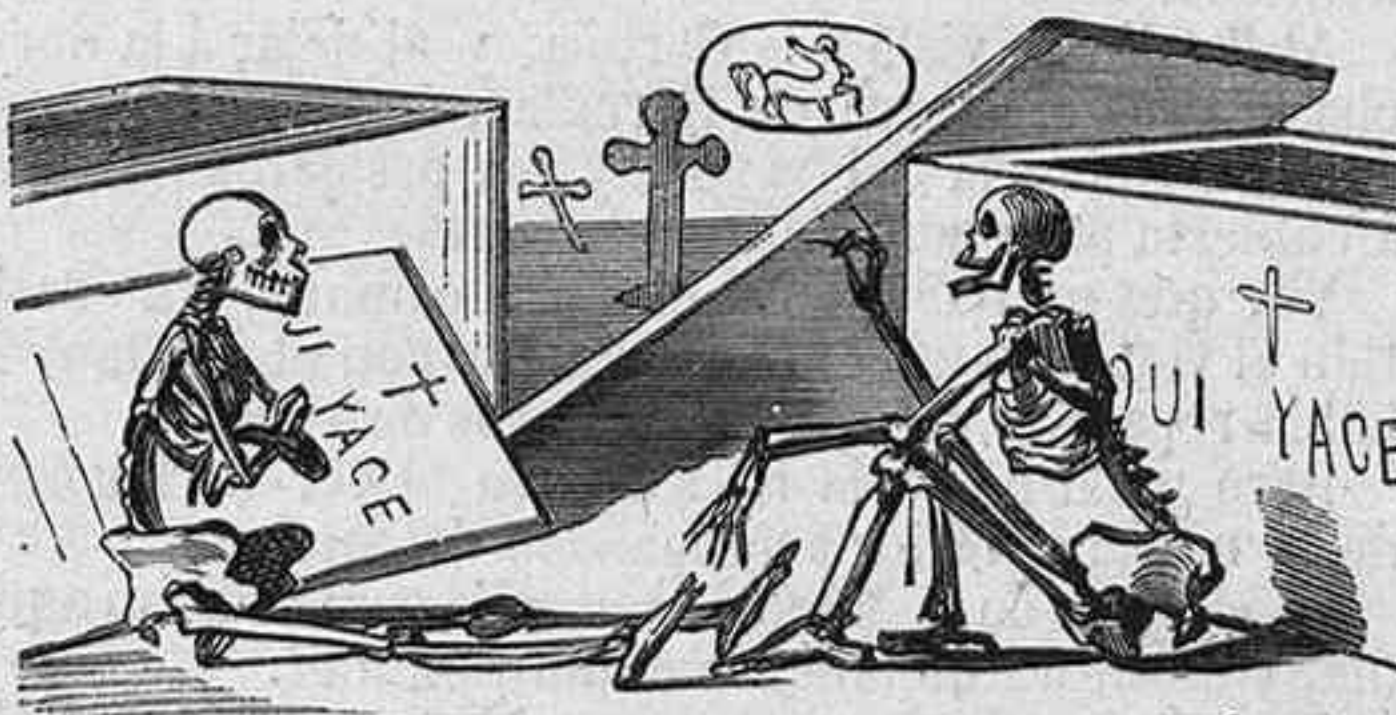
SEPTIEMBRE.

El.—¡Bonitas ferias! ¡género nuevo!
La mamá.—Entra por uvas, lindo mancebo...



OCTUBRE.

Hombres de todas clases y de peso
el voto universal trae al Congreso.



NOVIEMBRE.

Sobre capitación y otros asuntos
discuten libremente los difuntos.



DICIEMBRE.

—¿Cómo engordas, grandísimo tunante!
—Me ceba el presupuesto...
—¡Y yo cesante!

Hemos procurado dar al ALMANAQUE de este año cuantos atractivos pueden ofrecer la variedad de asuntos y estilos, la mezcla de lo serio y lo cómico, de la prosa y el verso, de la literatura mas selecta con los mas geniales y pintorescos grabados, todo debido á personas cuyos nombres por sí solos garantizan de antemano el éxito de nuestro ameno libro, que deseamos iguale en el favor del público á los de otros años, como les iguala por lo menos en sus condiciones de todas clases.

—No, por el contrario, me alegra verle y esa es mi desgracia.

—Tenga usted la bondad de explicarse.

—No puedo, lo que le suplico es que concluya la conversacion.

—Me exige usted un sacrificio, yo deseo saber el sentido de las palabras que ha pronunciado, necesito saber si el amor que la profeso puede abrigar alguna esperanza ó si debo recogerlo dentro del corazon.

—Si usted no me quiere complacer, dijo desentendiéndose, me verá precisada á cerrar la ventanilla privándome así de contemplar el paisaje.

—Usted dispense, no volveré á interrogarla.

Y me recosté de nuevo en mi rincon y trascurrieron algunas horas.

Un movimiento infernal del carruaje, cuya causa era un áspero empedrado, me hizo comprender que el coche estaba en la calle de San Marcos de Lugo, una de las muy pocas que entre las de todos los pueblos de Galicia, no se halla por completo baldosada.

Apoco llegamos á la plaza del Correo, deteniéndonos ante la fonda Ferro-carrilana donde vamos á parar.

Paulina bajó con su padre y pidió una habitacion en la fonda, y al ver que tambien me daban cuarto, y

próximo al suyo, me dijo con acento de sorpresa que me dejó en duda si era agradable ó desdénoso.

—¿Tambien se queda usted en Lugo?

—Lo siento si le incomoda mi presencia; pero mañana partiré para Astorga.

—Tambien yo.

—Entonces, Paulina, tendremos paciencia, puesto que el destino dispone que caminemos juntos.

—¿Y qué tiene usted que hacer aqui?

—Sacar apuntes de la catedral para una descripción artística de todas las de España que estoy escribiendo.

—La catedral, la catedral, repitió ella; tambien he parado para visitarla yo.

—¿Para visitarla usted?

—Sí, tengo que rezar á la Virgen de los Ojos grandes.

Y cambiamos un saludo y entramos cada uno en nuestro cuarto.

(Se continuará.)

MANUEL GONZÁLEZ GUEVARA.

AVISO.

Los señores suscritores á EL MUSEO por un año, residentes en Ultramar, recibirán con el presente número los billetes en que tienen derecho para la rifa del cuadro ofrecido como regalo.

A cada suscriptor le corresponde un billete con seis números, y se entregará el cuadro al que presente el que contenga el número igual al que obtuviere el premio mayor de la lotería en el sorteo que ha de celebrarse en Madrid el 23 de este mes.

Los suscritores de España los recibirán con el próximo número.

Para ser atendidas las reclamaciones, deberán hacerse hasta el día 22, vispera del sorteo, á cuyo fin se conserva en esta redaccion nota de los números que corresponden á cada suscriptor ó correspondal.

El cuadro, que representa *Una aldeana romana*, original de don Francisco Diaz Carreño, se hallará espuesto en la librería de los editores, calle del Príncipe, núm. 4, desde el día 15.

IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES.
CALLE DEL PRÍNCIPE, NÚM. 4.